

Vida en abundancia Una reflexión bíblica de Juan 10:10

Philippe B. Kabongo-Mbaya

Desde que se escogió el tema “Que todos tengan plenitud de vida”, para la vigésimo cuarta Asamblea General de la Alianza Reformada Mundial, que se celebrará en Accra en 2004, se han publicado múltiples estudios, reflexiones y meditaciones y muchos más vendrán, sin duda alguna. Esta reflexión tiene el objetivo de contribuir a este intercambio de ideas. Busca ubicar el tema en su contexto bíblico y ofrecer algunas líneas exegéticas para comprender algunos aspectos de Juan 10. No se realiza una interpretación completa del pasaje. Debo comenzar mostrándoles cómo los dos capítulos que lo anteceden iluminan nuestro entendimiento de Juan 10:9-10, antes de continuar recordando rápidamente un momento de la historia de la comunidad joánica para comprender lo que “vida” significa para los cristianos. Finalmente, debemos considerar la diferencia y la complementariedad entre la “abundancia” y la “plenitud” en este texto. Sin embargo, el desafío fundamental que queremos presentar con nuestro tema es proclamar a todas las personas, y recordarles a nuestras iglesias, que la bondad de Dios es mayor que cualquier prosperidad.

Juan 10:10 no es algo inesperado

Es interesante analizar el contexto en el que las palabras de Jesús se insertan a este pasaje de Juan 10:10. En este fragmento (10:10) no sólo encontramos la coherencia inmediata e interna de la historia del “buen pastor”, con sus metáforas de la puerta, el redil, el rebaño, los ladrones, el pastor, etc.; sino que también me parece que se establece una relación con otras declaraciones enérgicas realizadas por Jesús en su relación polémica con los fariseos, véanse los capítulos 8 y 9. Si no tomamos en cuenta el conflicto que opone a Jesús con los representantes oficiales de su religión, probablemente entenderemos muy poco del capítulo 10. ¿De qué trata?

El capítulo 8 nos relata que temprano en la mañana, Jesús se encuentra nuevamente en el templo, las personas ya se encontraban reunidas allí y Él les enseñaba. Los escribas y los fariseos le presentan a una mujer que “fue sorprendida en adulterio”, con el objetivo de descubrir la reacción de Jesús ante un hecho, que al menos en la interpretación que tenían de la ley de Moisés, constituía un flagrante caso de pecado. El texto expresa que la intención real era “probarlo, para poder presentar una acusación contra Jesús”. Al acusar a la mujer y eliminarla físicamente y al acusar a Jesús y eliminarlo por descrédito, pareciera que los escribas y fariseos tenían la esperanza de matar dos pájaros de un tiro.

4 *Mundo Reformado*

Sabemos cómo continúa esta dramática historia, sin embargo, quisiera destacar tres aspectos. Jesús se encuentra en el templo; en otras palabras, él ha ocupado *el lugar* que simboliza la presencia de Dios en las imágenes espirituales de la época. La presencia de Jesús y sus acciones en el templo no son acogidas con entusiasmo por los maestros. A diferencia de los escribas y sus discípulos, Jesús no ofrece el discurso aceptado de la ortodoxia judía, tampoco enseña lo que usualmente se enseñaba allí. Aún así, la multitud, (según el texto, todas las personas) venía a recibir las enseñanzas de Jesús. Resulta fácil observar que un número de metáforas en el capítulo 10 (redil, pastor, rebaño, pasto) corresponden a los elementos en el capítulo 8: templo, Jesús, gente, enseñanzas de Jesús dadas en el santuario.

El segundo punto que quiero destacar en el capítulo 8 es el siguiente: los hechos nos muestran dos grupos que se enfrentan, en un proceso violento de fuerza y tensión extrema, los escribas y los fariseos por un lado, y Jesús por el otro. ¡Y en el medio, la gente! Esta es precisamente la posición en que se coloca a la mujer “sorprendida en adulterio” en la escena narrada aquí. Por un lado, enfrenta a un grupo que quiere que muera, y por el otro a un hombre que quiere que ella viva. Esta situación dramática es decisiva para el destino inmediato de la mujer. ¿Pero es que acaso esto no ilumina la famosa afirmación que nos interesa en el capítulo 10? Pero eso no lo es todo. Después de esta confrontación entre, por un lado, los defensores de la ejecución –judicial o extra judicial– y por otro, el que otorga a cada ley su validez y legalidad, llamado Jesús, el conflicto se recrudece al punto que las fuerzas de la muerte no dudan en atacar al mismo Jesús físicamente, con el objetivo de quitarle la vida. La polémica reflejada en Juan 8 también destaca algunos grandes temas en la cristología apologética de Juan en nociones tales como la luz, el juicio, el conocimiento, la creencia, la búsqueda de la libertad. De una forma u otra, estos temas se refieren a la misma temática crucial: el acceso a la vida por medio de la calidad de la relación con aquel que es la Vida. Volveré a esta temática.

Y un último punto. A finales del capítulo 8, la hostilidad de los líderes religiosos judíos hacia Jesús cruza un temible umbral y alcanza una intensidad aterradora. Vimos cómo la historia comienza con el llamado a apedrear a una mujer acusada de adulterio. Ahora vemos el final con el apedreamiento realmente sucediendo, sólo que las piedras están dirigidas contra Jesús, quien escapa de la muerte al esconderse e irse del templo. Los escribas y los fariseos querían desahogar en Jesús la violencia asesina que no pudieron aplicar en la mujer. El templo se ha convertido en el escenario de juicios, exclusiones y aún intentos de ejecuciones. En esta ocasión, la salida de Jesús del templo marca el punto del no retorno. En el Evangelio de Juan, Jesús nunca regresa a enseñar en el templo después de este acontecimiento. Este hecho negativo ofrece un contraste que ayuda a clarificar nuestro entendimiento de las palabras de Jesús en el capítulo 10 y sus metáforas importantes.

Ampliemos el contexto y veamos qué está sucediendo en el capítulo 9.

Jesús ha abierto los ojos de un hombre que nació ciego (Juan 9). Le ha permitido a esta persona discapacitada salir del mundo de la oscuridad en el cual estaba prisionero y hacer su confesión de fe, grandiosa en su sencillez (9:38). En el curso de la historia (9:22), aprendemos que la decisión tomada por los “Judíos”, consistía en amenazar y excluir de la sinagoga a toda aquella persona que confesara a Jesús como el Cristo. El segundo encuentro de Jesús con el hombre que había estado ciego (9:35) tiene lugar precisamente después de la ruptura entre ese hombre y los fariseos. Después de haberlo injuriado lo “echaron”. Aunque no podemos afirmar que esto llegó a la exclusión de la sinagoga, sin embargo, el contexto como tal no impide esta interpretación. El hombre se ha transformado porque alguien ha abierto sus ojos y tuvo el coraje de testificar y confesar su fe en el “Hijo del Hombre” y quien se revela aquí como “el Hijo del Hombre” no es otro que aquel que tuvo que huir del templo, expulsado por la violencia desencadenada por los “Judíos”. La descripción acerca de la sinagoga en el capítulo 9 es muy poco halagadora, la sinagoga sólo reúne a aquellos que tienen la misma perspectiva de las cosas, una perspectiva limitada y reducida, una visión que no conduce a ningún lugar. Esta es una sinagoga que funciona con la exclusión y la excomunión, una terrible paradoja cuando uno piensa en el significado esencial de la palabra: ¡una *sinagoga* que no reúne al pueblo! La sinagoga del capítulo 9 sirve como una contra metáfora al versículo 9 del capítulo 10, se trata de lo opuesto a la nueva congregación que Jesús ha anunciado, el nuevo redil del cual Él es la “puerta” por medio de la cual las personas pueden transitar, ir y venir libremente con seguridad.

En resumen, en el capítulo 8, una mujer es salvada de ser apedreada hasta morir en el templo; al final de la historia, Jesús escapa de un intento de apedrearlo hasta la muerte y sale del templo diciendo: “antes que Abraham fuese, yo soy”. La lógica represiva de una institución intolerante y ciega continúa en el capítulo 9. Un hombre que nace ciego recupera su vista cuando conoce a Jesús, entonces confiesa su fe delante de Él. Una vez que sale de la oscuridad este hombre es marginado por los líderes de un judaísmo sectario y totalitario. No hay duda de que lo que se relata en los capítulos 8 y 9 incluye elementos que son significativos en el contexto general de la enseñanza del capítulo 10 y en particular la afirmación del versículo 10: “yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”. Esta afirmación no aparece como algo repentino en el cuarto Evangelio, sino que encuentra su total significado y fuerza en el marco más amplio de otras afirmaciones hechas por Jesús en el relato de Juan.

Vida en abundancia ¿Qué quiere decir Juan?

Es demasiado tentador comprender esta idea de “vida en abundancia” como contraste de los intentos simbólicos o simplistas de matar que hemos

mencionado, pero sería peligroso y simplista detenernos ahí. No hay duda que la afirmación de Jn 10:10, así como el discurso de este capítulo en general, sigue la lógica de los capítulos 8 y 9 y necesita que lo veamos en el contexto de un conflicto radical creciente entre Jesús y los representantes religiosos de su pueblo. Sin embargo, queda igualmente claro que la vida de la que Jesús habla y la manera en que se refiere a ella apuntan a un marco bíblico más amplio y ciertamente más fructífero.

Como todos sabemos, el cuarto Evangelio ubica la vida, o la vida eterna, en el centro de las enseñanzas de Jesús. Mientras que los sinópticos utilizan “el reino de los cielos” o “el reino de Dios” como el centro de la revelación dada en la persona y el trabajo de Jesús, Juan enfatiza en la vida o en la vida eterna. Sin embargo, esta palabra *zoé/zoé aiônios* (utilizada al menos en treinta y cinco oportunidades por el autor del cuarto Evangelio) no es fácil de definir.

La vida aquí no es el contrario de la muerte. Es eso, pero también es más que eso y algo más también. La vida aquí no es un tipo de salvación después de la muerte, felicidad espiritual en otro mundo, un estado metafísico particular o una experiencia psico-religiosa indescriptible. El Evangelio de Juan, con frecuencia, se refiere a la vida o a la vida eterna, como una cualidad especial de la relación que Jesús establece entre Dios y la humanidad. Ser y existir a través del único Dios verdadero, ser y continuar a través del Hijo que nos precede y nos sustenta en esta relación más profunda con Dios, esto es en resumen uno de los aspectos más significativos que encontramos en Juan.

El término vida en ocasiones se vincula a otras nociones complejas como la luz, el conocimiento, la verdad, la libertad y el amor. Como resultado, el significado esencial y la identidad de la palabra vida en el sentido más amplio incluye la referencia a la luz, al conocimiento, etc. Quisiera mencionar un pasaje donde la vida se manifiesta por una realidad tangible y se hace referencia simbólica a ella como Vida (en el sentido de vida eterna) en la relación única con Jesús, conociendo a Jesús y recibéndolo en nuestras vidas.

El capítulo 6 nos ofrece una versión del milagro de los panes y los peces. Juan ubica este “hecho” en el contexto de la Pascua. La evocación del cordero sacrificado en memoria del éxodo y sus continuos beneficios (tengamos en cuenta el regalo del maná) es como si se sobrepusiera en la señal de la multiplicación de los panes para beneficio de la multitud en Galilea. Este hecho capta la imaginación de las personas y las conduce a sentir la naturaleza mesiánica de Jesús. Pero cuando él se da cuenta que el pueblo está a punto de venir a convertirlo en rey, se separa de la gente y va a unirse a su Padre en un tiempo de oración solitaria.

Del versículo 23 en adelante existe un cambio notorio en el texto. Un largo sermón ofrecido por Jesús sobre el pan que viene directo del cielo, el pan de vida, el pan viviente, que marca una distancia entre el papel que desempeñó Jesús en el “hecho” como dador de vida (símbolo de vida) y la naturaleza de

Jesús como regalo de Dios mismo a los seres humanos (y como tal la encarnación de la vida en abundancia). Por tanto, él es pan de vida o el pan viviente que viene del cielo. La multiplicación profusa de los panes significa la abundancia de vida que Dios ofrece a aquellos cuya existencia permanece dominada por la pobreza, todas esas masas desheredadas que con frecuencia carecen de lo más básico de la vida. Esta lección de multiplicar los panes puede resumirse en las palabras del Salmo 23, que muestra la bondad providencial de un Dios fiel y sustentador. Con este “Yo soy...” el centro de atención en la meditación no es la señal del pan dado por Dios, sino la revelación de aquel que va más allá del pan que viene del cielo para la vida eterna. Jesús manifiesta aquí que él no es el símbolo de una promesa que será cumplida por una realidad tangible, ni tampoco es un mediador entre Dios que da el pan en abundancia y las personas que lo disfrutan. Jesús utiliza la multiplicación de los panes como una ocasión para revelarse como el pan de vida que viene del cielo. Al multiplicar los panes, Jesús ofrece algo tangible, de sustento físico para nuestras vidas que conoce de otro tipo de hambre. A través de las enseñanzas, Jesús se revela a sí mismo y se ofrece como el único sostenimiento que necesitamos. Así como el cuerpo necesita pan para vivir, así Dios presenta a Jesús para nuestras vidas para que la palabra y la acción que Jesús encarna y revela, sea aceptada por nuestras vidas como el único Dios viviente dador de vida.

El discurso donde Jesús proclama su identidad como el pan de vida que viene del cielo es una declaración realizada. Produce un efecto, hace lo que dice. Los judíos se dieron cuenta, se separaron y se escandalizaron por lo que habían escuchado. Los discípulos por su parte no estaban menos impresionados, porque encontraron en esto una afirmación difícil. Cuando Jesús los desafió a irse, se serenaron y decidieron quedarse, adoptando tácitamente la posición de Simón Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.” (6:68).

La multiplicación de los panes significa abundancia de vida. Este es el significado que se destaca de esta señal cuando se relaciona a nuestro tema en Juan 10:10. Cuando Jesús dice que él ha venido para “que tengan vida y para que la tengan en abundancia” (Versión Reina Valera, 1960), sus seguidores estaban obligados a relacionar el significado de la multiplicación de los panes y las enseñanzas contenidas en Juan 10. Pero como hemos podido apreciar, vida en abundancia no es tener los estómagos llenos. De haber sido así, Jesús no hubiera reprendido a la muchedumbre al decir “...ustedes me buscan no porque vieron señales, sino porque comieron los panes hasta hartarse”. A la luz de esto, podemos entender la posible confusión que se originó entre “tener vida en abundancia” y comer la porción de pan, nadar en la opulencia y la codicia, así como compulsivamente devorar otros bienes de consumo.

Necesitamos enfatizar en este punto y formular, aunque de forma sucinta, qué se entiende por “vida en abundancia” en el contexto joánico. ¿Es la “vida

en abundancia” el desafío lanzado contra la indigencia? ¿Se trata de un tipo de discurso indirecto contra una situación caracterizada por “la muerte en abundancia”? ¿Puede ser la “vida en abundancia” un tipo de realidad mística-esotérica, desconectada de los problemas sociales e históricos en el mundo y accesible sólo a algunos iniciados? Si no nos hacemos estas preguntas, podríamos caer en el peligro de tomar lo que aparece en el capítulo 10 como algo que no pasa de ser un *slogan*. Ello sería desafortunado para nuestra manera de escuchar las Escrituras y negativo en cuanto a la seriedad de nuestra convicción acerca de la forma en que las Escrituras interpretan nuestras vidas y no cómo nosotros, en nuestros propios contextos, o a la luz de nuestras propias experiencias, interpretamos y recibimos las Escrituras.

Me gustaría dar un rodeo histórico que espero nos ilumine sobre lo que estaba en juego para los cristianos joánicos, y que creo nos presenta una serie de desafíos para nosotros en la actualidad.

El cuarto Evangelio data de alrededor del año 90 de nuestra era. La comunidad cristiana de la cual la tradición de este texto emana influyó y posiblemente determinó la perspectiva de Juan. Durante el último siglo, se ha dicho y escrito mucho sobre las diversas influencias que se piensa marcaron la tradición joánica: Filón, los Mandianos, los Herméticos, en particular los egipcios, la comunidad del Qumran y la hostilidad de los rabinos de Jamnia. No hay necesidad de caer en las complejidades de las hipótesis y trabajos histórico-críticos de este tema. Unas pocas observaciones son suficientes.

La comunidad joánica tenía familiaridad con las tendencias religiosas y místicas de su época. El gnosticismo prevaleciente, así como las diferentes variedades de judaísmo –ortodoxo, heterodoxo o helénico– no eran desconocidas. Sin embargo, los cristianos joánicos eran fundamentalmente de origen judío, y confrontaban muchas dificultades, como por ejemplo, su lugar y el papel a desempeñar dentro de otras tendencias cristianas de la época, pero más allá, la intolerancia creciente de un judaísmo perseguido, que se había convertido en perseguidor. Desde el punto de vista histórico y simbólico, la caída de Jerusalén y la destrucción del templo en el año 70, fueron cataclismos en la conciencia colectiva judía. Esto tenía muchas consecuencias, una de las cuales era la desaparición del verdadero pluralismo que había florecido dentro del judaísmo a principio del siglo I.

Como hemos visto, el Evangelio de Juan está altamente marcado por la hostilidad que existía entre Jesús y los líderes judíos. Sin embargo, este hecho puede estudiarse desde dos perspectivas. Una, tiene que ver con el testimonio real de los hechos, signos y afirmaciones de Jesús en el curso de su ministerio, la otra, concierne la manera en la que por medio del relato y el recuerdo de esta memoria, y al ser testigos de su Señor, estos cristianos joánicos tradujeron e interpretaron su propia existencia, sus crisis y los desafíos que enfrentaban. Ya hemos apuntado a este hecho histórico. El creciente conflicto entre Jesús y los

líderes judíos, contado dramáticamente por al autor del cuarto Evangelio, se hace eco de las persecuciones y la exclusión sufrida por los cristianos a finales del primer siglo. En ese momento, algunos escritos altamente polémicos han sido publicados por círculos judíos “fundamentalistas”, circulan anatemas y condenas religiosas contra los cristianos. Se puede mencionar el *Birkath-ha-Minim*, la duodécima bendición en una liturgia antigua de la sinagoga que comprende dieciocho bendiciones en total. Sin embargo, esta duodécima “bendición”, compuesta en el período que nos interesa aquí, paradójicamente constituyó una maldición contra los “nazarenos” y los *Minim* (los disidentes judeo-cristianos). Los escritos de origen cristiano estaban prohibidos y eran considerados heréticos. Una gran labor fue realizada por la comunidad Jamnia reunida alrededor de Johanan ben Zakkai con la perspectiva de restaurar el judaísmo, estableciendo los libros reconocidos que debían figurar en la Biblia y preparando el calendario con las grandes festividades judías, etc.

El cuarto Evangelio da testimonio de estas serias tensiones y crisis que afectan al judaísmo que se encuentra incierto sobre el futuro, incapaz de integrar las diversas tendencias que una vez representaron su pluralismo y vitalidad, y que les permitió convivir. Las sinagogas estaban cerradas para los cristianos, la brecha entre los judíos cristianos y la sinagoga se convirtió en algo inevitable. Es en este marco histórico turbulento que la corriente de pensamiento joánica se acentúa, radicalizándose y desarrollando una cristología “maximalista” desconocida en otros círculos cristianos de aquel tiempo. Los cristianos joánicos parecían tener una firme convicción apologética según la cual nada podían esperar del judaísmo y no tenían más que discutir con él.

Sin embargo, cómo es posible que estos judíos fervientes y piadosos, pertenecientes a un movimiento disidente reciente, llegaran al punto de tener como base su legitimidad doctrinal y espiritual sobre y más allá de Abraham y Moisés, de hecho, oponiéndose a ellos. ¿Cómo pudieron ellos ser capaces de creer y confesar la salvación prometida por las Escrituras, mientras se apartaban del “Antiguo” Pacto? El principio de las respuestas a estos interrogantes puede encontrarse en las palabras iniciales del prólogo del Evangelio de Juan: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios...” (1:1). La mención de Moisés (1:17-18; 6:32-36) y de Abraham (8:58), por citar solamente algunos pasajes, es muy reveladora, incluso si cierto sentido de desilusión con la genealogía legitimadora no es desconocida en el Antiguo Testamento. “Pero tú eres nuestro Padre, si bien Abraham nos ignora e Israel no nos conoce...” (Is 63:16). En una situación de exilio, con la pérdida de la iniciativa histórica, el profeta cuenta con la ayuda de Dios solamente.

Regresemos a la comunidad joánica. Al evaluar la prioridad de Cristo en relación con las figuras simbólicas claves del Antiguo Testamento, los cristianos joánicos, estaban afirmando de forma radical su propio estatus en relación con el grupo de rabinos y otras tendencias judías y judeo-cristianas de la época.

Atacaban las bases mismas de la superioridad de la sinagoga y su reclamo de ser el único y exclusivo lugar de comunión con el Dios del Pacto. El “buen pastor”, los “ladrones y asaltantes”, la “puerta del redil” y la “vida abundante”, son metáforas que en el capítulo 10 de Juan traducen la ansiedad existencial y las incertidumbres que marcaron la vida de una comunidad religiosa pequeña, que ya había roto con las bases más antiguas de su identidad. Creo que es importante que nos demos cuenta de la magnitud de la crisis si vamos a investigar con profundidad el significado de lo que se ha dicho en Jn 10:10.

Esta declaración me parece que contiene un gran poder liberador, que comprende y sobrepasa todas las consideraciones de naturaleza biológica, económica o de bienestar. Como apunté anteriormente, la abundancia en cuestión, no puede reducirse simplemente a la abundancia de bienes, darle vida a lo ilimitado o a una dimensión cuantitativa. Podemos ver claramente que los cristianos joánicos, están sumergidos en un contexto de persecución física e incertidumbre religiosa, y confiesan la vida en abundancia como aquella que sólo el Señor puede proveerles. La victoria sobre la pobreza, la negación de la identidad, la exclusión, la fragilidad, etc., la desaparición final de todos estos males, no son sinónimos de “vida en abundancia”. Sin embargo, es frente a estas realidades y a pesar de las mismas, oponiéndose a ellas y siguiendo más allá, que la teología joánica articula una calidad de confianza en Dios, un Dios que le otorga a nuestras vidas finitas una plenitud de significado y verdad, que ningún derroche de alimentos ni el exceso de poder puede ofrecerles.

La vida abundante en Juan 10:10 es una imagen esencialmente inclusiva y compleja. Vincula al redil y al pasto, garantiza la posibilidad de que las ovejas entren y salgan. La interioridad y la exterioridad están reconciliadas, como también la seguridad y la libertad. La existencia de ladrones, lobos y timadores es descrita en términos realistas y dramáticos; sin embargo, esto no significa que las ovejas serán colocadas en un espacio cerrado y sobreprotegido; su comida también está afuera en el pasto. Tal confianza sólo puede alcanzarse al pasar por la “puerta” que, de manera antes no vista, los hace libres de todas las ansiedades relacionadas con la comida y la seguridad, y de todas las tensiones alienadoras del dilema seguridad/libertad. Hay una “puerta” y un “pastor”, es la confianza lo que me parece a mí que está en el mismo centro de la vida en abundancia.

A finales de su vida, Moisés oró a Dios con estas palabras: “Ponga Jehová, Dios de los espíritus de toda carne, un varón sobre la congregación, que salga delante de ellos y que entre delante de ellos, que los saque y los introduzca para que la congregación de Jehová no sea como ovejas sin pastor.” (Num 27:16-17 Versión Reina Valera revisada 1960). La resonancia con Juan 10 es notable. Llama la atención ver como el don de la vida, como algo que viene del Creador, el don de la comunidad, como un espacio para la vida en la comunidad deseada por Dios, y el don del “pastor” están profundamente conectados aquí.

Muchos exegetas también interpretan el capítulo 10 de Juan a la luz del capítulo 34 de Ezequiel. La condena de la ley de la selva, su brutalidad cínica y la ayuda práctica otorgada a la oveja que está débil, enferma o herida, todo lo que se dice contra el maltrato de los débiles expresa más el primer y mayor cuidado de Dios hacia los hombres y mujeres oprimidos, que la forma en que la condición de la víctima debe mejorar. La vida en abundancia no es un sueño convertido en realidad, de una tierra donde fluyen la leche y la miel, no es tampoco el anhelo nostálgico por la tierra de los placeres que se logran al final. Es la completa seguridad de un Dios de amor que establece los límites del mal y la muerte que constantemente afloran en cualquier lugar.

Abundancia o plenitud

La palabra griega *perissos/perisson* traducida como “abundancia” tiene múltiples significados, de los cuales debo mencionar dos. Por un lado, expresa exceso, que quiere decir extraordinario en tamaño o belleza, aquello que es excesivamente grande o numeroso. También puede traducirse como lo que supera la cantidad, que es extra, excedente o sobrante. El término también tiene un matiz que implica demasia. Además de aparecer en Jn 10:10, la palabra se encuentra en otros cuatro pasajes en el Nuevo Testamento Mt 5:37, 47; Mr 6:51; Ro 3:1; 2 Co 9:1. Miremos al uso de la palabra en estas referencias.

En Mateo 5:37 y 5:47 no tiene el mismo sentido. En el versículo 37, Jesús dice: “Sea vuestro lenguaje: ‘Sí, sí’; ‘no, no’: que lo que pasa de aquí viene del maligno.” (Biblia de Jerusalén). Cuando uno dice lo esencial, cualquier otra cosa crea confusión. Una “profusión” de palabras y frases simplemente sirve para confundir las mentes. En el versículo 47, que también es parte del Sermón de la Montaña, la idea es diferente. Jesús desafía a quienes le escuchan: “...Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular?” Aquí el término es utilizado para aquello que está fuera de lo ordinario producto de su belleza o su calidad moral. En Mr 6:51 Jesús se une a los discípulos en la barca después del episodio de calmar la tormenta, los discípulos están completamente enmudecidos, otras traducciones lo interpretan como “totalmente atónitos”. El matiz del significado que se enfatiza aquí es el de la sorpresa más allá de cualquier medida. En Ro 3:1, el apóstol expresa “¿Cuál es, pues, la ventaja del judío? ¿Cuál la utilidad de la circuncisión?” Sin embargo, esto puede ser traducido literalmente como “¿que tienen los judíos de más que los no judíos no tienen?” En la segunda Carta a los Corintios, Pablo utiliza *perissos* en el sentido negativo de superfluo. “Cuanto a la ministración para los santos, es por demás que yo os escriba...” (Versión Reina Valera revisada 1960). Otras traducciones lo interpretan como “no hay necesidad”.

Es interesante denotar que estos cinco casos de *perissos* en la Biblia no se refieren a cosas concretas, sino a asuntos de naturaleza moral, emocional y afectiva. Sólo en Jn 10:10, en lenguaje metafórico, se utiliza este término como

un adjetivo para calificar la vida, “la vida en abundancia” prometida a la “oveja” en el nuevo “redil” del cual Jesús se declara a sí mismo la “puerta” y el “pastor”.

No voy a repetir mis comentarios anteriores sobre el significado que debe otorgársele a la frase “vida en abundancia”, en el contexto de la teología joánica. La vida en cuestión no es un problema de una (incalculable) cantidad o una escala que no puede medirse. Se trata de lo que permanece, como indiqué anteriormente, aquello por medio de lo cual el Dios viviente nos revela los límites establecidos a “la maldad” y a “la muerte”, a pesar de su presencia constante y excesiva en todos los tiempos y lugares. Entendida de esta manera, la vida en abundancia es un sinónimo de la “vida eterna”. No se trata de una “vida excepcional”, o de “otra vida”. Se trata de la verdad que nos recuerda que la vida de las criaturas y las cosas están bajo el cuidado amoroso del Creador, el Señor de la vida. Sin embargo, quizás corremos el riesgo de espiritualizar una materia que ya está muy “espiritualizada”, en el mismo pensamiento de Juan. En ese caso, debemos hablar de “plenitud de vida”, en lugar de abundancia.

El cuarto Evangelio no es ajeno al término *pleroma*, *pleromatos* (plenitud) aunque aparece una sola vez, en el primer capítulo en el versículo 16. La idea esencial en este texto es que Dios satisface todas las cosas en Jesucristo. En Él reside la plenitud de la gracia y la verdad. “De su plenitud todos recibimos gracia sobre gracia”. Esta plenitud se relaciona con la plenitud de las promesas de Dios y la venida de un nuevo tiempo. Plenitud expresa lo que ha sido logrado de manera única e incomparable en Cristo, pero de lo que nos beneficiamos en nuestras propias vidas. Esto proclama lo que Dios ha hecho en la persona de Jesucristo. La frase “vida en abundancia” en Jn 10:10 expresa lo que Cristo en su momento hace en nuestras vidas, cuando es recibido como la “puerta” y el “pastor”. La complejidad metafórica de vida en abundancia en Jn 10:9-10 es distinta a la de Jn 1:16 en un aspecto particular: en esto, la libertad y la seguridad están íntimamente conectadas. El redil no es plenitud en sí mismo, cerrado y protegido, no es como una celda protectora, confortable. Más bien se trata de un espacio de vida que se comunica con otros espacios de vida, los pastos que nutren fuera del cercado.

La “abundancia de vida” contradice la fragilidad de la vida, la escasez de la vida, porque está en todas partes plagada de enfermedad y muerte, porque con frecuencia la integridad de la vida es reducida a polvo y cenizas por múltiples fechorías y actos de crueldad. La “abundancia” de vida se refiere directamente a la fragilidad y vulnerabilidad de vida. “Vida en abundancia” tiene un significado similar pero diferente, que se refiere al *vacío* que anida en el corazón de la vida. En otras palabras, nuestras existencias personales o colectivas pueden definirse como recipientes que contienen sólo porciones pequeñas e insignificantes de vida y como consecuencia aspiran a la plenitud.

Incluso si lo que falta en nuestras vidas y en nuestros destinos, fuera más profundo y significativo que la idea que tengamos de la vida, el problema persistiría. Algo siempre tiene que faltar en la vida, por lo que tiene que existir espacio para lo que no se ha recibido. ¿No es así, que las existencias sin vacíos, donde nada falta, son como ataúdes, en otras palabras: recipientes llenos y cerrados, pero llenos de muerte?

El desafío para nosotros

Aunque parezca absurdo, el único desafío para nosotros en la medida en que releemos Juan 10:9-10 es simplemente contar nuevamente las bondades de Dios, sostener el testimonio a través de los compromisos creíbles y duraderos que son, sobre todo, signos de protesta y resistencia contra todos los “desiertos de la vida” que nos rodean. El desafío para nosotros no descansa en la búsqueda incesante de la importancia de Juan 10:10 en la actualidad, como una manera de exorcizar nuestra impotencia y la confusión de las personas que están a merced de “ladrones y timadores”. La vida en abundancia no puede reducirse en términos del PIB y del PNB de naciones privilegiadas. Tampoco puede medirse en términos del éxito material de los hombres y mujeres individuales, que disfrutaban los beneficios del capitalismo liberal. Si fuera de esta manera, la cuestión teológica implicada en el texto sería una fachada y la última palabra sobre esta materia caería en el “evangelio de la prosperidad”, que siempre es fácil de justificar como peregrinajes de fe coronados con situaciones de bendiciones, que con frecuencia son dudosas e injustificables.

Una tradición occidental ha demostrado que el ser humano que ha llegado a la mayoría de edad es capaz de vivir sin Dios o al menos distante de Dios. En África, en la actualidad, por contraste, un cierto tipo de cristianismo compensatorio propaga una religión de aflicción que proclama celebrar al Dios vivo, el Dios del Cristo resucitado, pero que no se cuestiona sobre el destino que sufre la vida en nuestro continente. En este caso tenemos que decir que se trata de un cristianismo cínico y predatorio. ¡Cómico con las múltiples formas y estructuras de muerte, despliega buena parte de su energía y vitalidad en situaciones de catástrofes mayores!

Una vez enfrentados estos dos tipos de contexto presentados aquí, el único enfoque para nosotros permanece en las raíces bíblicas. El versículo 10 del décimo capítulo de Juan no es ni una sacralización de la vida, ni una limitación a la celebración de la vida. La seducción del culto a Baal no es menos real para nosotros en el siglo XXI, de lo que lo que fuera para los hebreos en el tiempo de Elías y Eliseo. Simplemente, leamos Juan 10:10 y escuchémoslo otra vez a la luz de esta oración y del clamor de esperanza:

*Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré
Porque mejor es tu misericordia que la vida*

—Salmo 63:1 y 3